



Susana Bustamante, de 38 años, viene de una familia de madres añosas.

## LAS VOCES DEL

# San José

*La maternidad del Hospital San José es la más populosa de Chile. En sus salas hay hijos de inmigrantes, madres añosas y adolescentes o mujeres de provincia con embarazos de riesgo. Estas son historias que reflejan la vida de un hospital, donde la realidad de las madres ha cambiado.*

Por MURIEL ALARCÓN LUCO. Fotos: CARLA DANNEMANN.



Al día en el San José nacen entre 22 y 24 guaguas en promedio.

-E ncontrar embarazadas “normales”, con peso adecuado y sin patologías asociadas, antes era lo común. Pero ya no es la norma—dice Marco Clavero, jefe de la maternidad del Hospital San José. Él gineco-obstetra trabaja donde nacen más guaguas en Chile. Al día entre 22 y 24. El año pasado nacieron casi 8 mil niños. Hace tres décadas, cuando Marco Clavero llegó como interno, la realidad era distinta.

—Las madres eran mucho más resignadas —agrega Clavero—. Eran sumisas. No tenían claros sus derechos. Hoy son exigentes. Saben lo que les está pasando.

En el San José abunda la diversidad. Hay infinitos diagnósticos entre las madres. Marco Clavero los enumera de memoria. Preeclampsia, sobrepeso, obesidad, diabetes gestacional, pielonefritis. Y también dice que cada vez son más las mujeres que consumen drogas en el embarazo. Si en los ochenta tener el primer hijo a los 35 años era un factor de riesgo, hoy estas embarazadas son mayoría.

Susana Bustamante tiene 38 años. Camina lento por uno de los pasillos, en una camisa de dormir blanca. Está conectada a un suero, controlando su pielonefritis. Tiene 32 semanas de gestación.

—Al principio tuve un poco miedo, por mi edad, pero miré a mí alrededor y se me quitó.

Susana proviene de una familia de madres añosas con hijos sanos. Una hermana suya hoy está embarazada con 44 años. Susana se cuida. No fuma, no toma y se alimenta bien. Este es su segundo embarazo.

En Chile ha caído la tasa de natalidad, pero el doctor Clavero dice que en el San José esta realidad no se ha notado. Lo atribuye a la migración. Más de la mitad de los partos de las mujeres migrantes corresponden a

peruanas. No dejaron de atenderse en el hospital ni siquiera después del caso de la peruana Bernardita Vega, quien, en 2008, tuvo a su guagua en el baño de la sala de espera de la Urgencia. Ese hecho puso al San José en el escrutinio público. Dos años después, un episodio casi igual, protagonizado por la chilena Yaritza Valenzuela, volvió a cuestionar las deficiencias en la atención.

–Costó bastante sacarse el estigma –asegura Clavero–. Somos muy vulnerables y tenemos muchas cosas que no son óptimas ni manejables. Pero cuando satanizas una institución dirigida a quienes no pueden elegir asistir a otro hospital, la gente llega muy aterrada.

Deisy Cárdenas, 28 años, más de siete meses de embarazo y membrana rota prematura, dice:

–Yo había escuchado hartos comentarios de este hospital. Que era malo, que los que atendían acá psicológicamente te trataban mal, que la atención era lenta, que había personas que estaban 36 horas con contracciones y no las ayudaban.

Flor Gutiérrez tiene en sus brazos a Cristófer León. Ella es peruana; él es su segundo hijo. Tiene 36 horas de vida. Cinco años atrás había tenido a su otra hija aquí.

–Cuando vine con mi primera guagua vine con miedo. Vine llorando, me hablaban mal de este lugar, que el trato era malo. No quiero decir que me hayan tratado mal la primera vez, pero hoy te atienden con más paciencia. Inclusive hay estos –dice apuntando un monitor con botones–, porque como de repente nos cosen, ya no nos dejan pararnos y así llamamos para que nos acompañen al baño. Antes yo tenía que ir sola.

En la empresa donde trabaja, conoció, hace poco más de un año, a Eric, el padre de Cristófer, chileno, de 37 años, separado, chofer. Viven juntos hace dos meses en El Salto, en Recoleta, y quieren casarse.

–Cuando quedé embarazada, lo primero que hice fue pedir que naciera hombrecito. La vida es más fácil para los hombres. Las mujeres venimos a sufrir más. Somos más sentimentales, tenemos más responsabilidades. Un hombre llega, trabaja, pone plata y se va. Una no. Si tiene hijos, tiene que cuidarlos y más encima trabajar, limpiar y cocinar. Pero yo ya no quiero más hijos. Si ya tengo el hombrecito, ¿para qué quiero más?

El nombre de su hijo se escribe sin hache entre la ce y erre por Cristo.

–Es el nombre de un hombre protector.

## LAS CINCO GUAGUAS

La maternidad del San José ha tenido episodios célebres. Hace cuatro años, Gloria Barría tuvo quintillizos. Su parto se transformó en la primera intervención exitosa de este tipo en el sistema público de salud. Gloria Barría, técnico en enfermería, tenía 32 años. Siempre había querido ser madre, pero un diagnóstico de síndrome de ovario poliquístico se lo impedía. No ovulaba.

–Me faltaba algo. Tenía ganas de tener mis hijos, que nacieran de mí –dice, al teléfono, desde Castro, Chiloé.

Ella analizó los pros y los contras de una inducción ovulatoria. Su médico le advirtió que este tratamiento



Kenia, dominicana, quien llegó hace un año a Chile, no ha sentido discriminación.

asistido podía implicar un embarazo múltiple, pero decidió arriesgarse.

–Con mi pareja pensábamos “qué genial tener gemelos”.

Tiempo después, cuando una ecografía mostró que había cinco corazones latiendo, en vez de alegrarse, se preocuparon. Tuvieron a sus hijos en el San José después de preguntar en varios lados.

–Nos dijeron que su Neonatología era de las mejores y confiamos. Me sentí apoyada en todo momento. Siempre me informaron de todos los riesgos que había.

Gloria estaba informada de que si sus hijos nacían antes de las 24 semanas, había alta probabilidad de que tuvieran daño neurológico. Por eso, cuando las cumplió, la internaron en el hospital Augusto Riffart de Castro. Alcanzó a estar unos aproximados veinte días porque la instrucción era enviarla en un avión–ambulancia al Hospital San José.

–Recuerdo las sensaciones de ese viaje –dice del tramo aéreo que hizo recostada en una camilla, acompañada de un médico y una enfermera–. Cada movimiento del avión, me provocaba contracciones.

Al otro día, llegó su hermana a acompañarla al San José en Independencia. Fue la única que pudo hacerlo. Su pareja estaba trabajando en Chaitén y ningún otro familiar podía viajar. Así estuvo un mes.

–Fue muy penoso porque me sentía sola. No conocía a nadie en el hospital. Pero en ese tiempo, vi pasar a varias madres con el diagnóstico de alto riesgo. Si bien estaba aislada, podía sentir que no era la única que estaba en una situación vulnerable.

Sus hijos nacieron sanos en una cesárea programada que convocó a varios medios de comunicación. Después de estar en incubadora casi treinta días, siguieron hospitalizados por varios meses más. Una tuvo apnea. Otro una cardiopatía. Hubo dos que salieron con oxígeno por



El parto de los quintillizos de Gloria Barría, en el hospital San José, fue el primero en la salud pública.

“Somos muy vulnerables y hay cosas que no son óptimas ni manejables, pero no puedes (satanizar) a una institución”.



"Las mujeres sufren más", dice Flor, para justificar por qué deseaba ser madre de un niño.

**“Había escuchado que este hospital era malo y la atención, lenta”, dice Deisy Cárdenas, de 28 años.**

sus problemas respiratorios. Todos fueron dados de alta por separado. Hace unas semanas cumplieron 4 años.

### **LA ESTRELLA MÁS GRANDE**

Los hijos de las mujeres afroamericanas nacen blancos, pero con los días empiezan a oscurecerse. Las matronas del San José no lo sabían, pero en estos últimos cinco años empezaron a acostumbrarse. La masiva llegada de futuras madres haitianas y domi-

nicanas –en su mayoría– cambió la forma de enfrentar a una nueva generación de pacientes. Varias llegan sin controles. Otras exigen partos sin anestesia. Porque dicen que pueden –que saben– controlar el dolor con su respiración.

Marco Clavero y su equipo confían en el parto humanizado, que supone una asistencia con menos intervención, tecnología y en, algunos casos, menores dosis de anestesia. Pero también reconocen la dificultad de aplicarlo en pacientes con morbilidades y en un espacio reducido. Las matronas están siendo capacitadas en el concepto. Algunas madres han pedido circunstancias especiales. Partos verticales, luz baja. Con menos anestesia, las haitianas entran a una suerte de trance. Un estado en el que oran lo que duran sus contracciones.

Muchas de las madres inmigrantes son indocumentadas. En el San José, al igual que en todo el sistema

público de salud, las atienden sin distinción.

Como a la dominicana Kenia Cruz, de 29 años, quien hace unas semanas fue madre de un niño a quien llama Kendry. Ella llegó a Chile en forma clandestina el año pasado. Quería nuevas oportunidades y enviar dinero a sus padres, que quedaron a cargo de los dos hijos de su primer matrimonio. Pero los planes de Kenia fallaron. Al mes de haber llegado, y ya trabajando en un restorán, quedó embarazada de quien es hoy su ex, sin que lo esperara. En la isla la habían esterilizado.

–Antes de venirme yo estaba “irremediamente rota”, como dice la doctora Polo. Había caído en un status quo, un momento económico, donde no tenía casi para darles de comer a mis muchachos –dice Kenia, ya en su departamento en Colina, al frente de la cárcel.

–A Kendry hoy lo veo –dice ella mirando a su guagua de tres semanas– como un milagro de Dios.

Ni en el consultorio donde se controló previamente ni tampoco en el San José se sintió discriminada.

–Me atendieron igual como si tuviera mis papeles al día. Me han tratado de la misma manera que a las otras. Durante el embarazo y durante el parto.

Como se separó del padre de Kendry a los tres meses de embarazo, pidió a su hermana y a su cuñado que se vinieran a Chile. Con ellos comparte el costo de su arriendo. A su hijo el hospital lo ayudó con una cuna, un bolso, un par de piluchos y un champú.

El padre biológico fue a conocer a su hijo al San José. Le dio su apellido, pero cuando fue a inscribirlo, en vez de Kendry, le puso Yadiel. Kenia sigue llamándolo Kendry. El hombre le ha llevado leche y pañales.

–Pero no hace falta que venga. A mi hijo lo quiere todo el mundo –dice mientras Kendry abre los ojos–. Lo quieren mucho por su color. Es el único morenito del barrio. Es la estrella más grande que hay. ■